

Aproximación al estudio del discurso en los manuales de historia: la figura del héroe y del colectivo*

María Elena Del Valle de Villalba
manedelvalle@hotmail.com

Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Barquisimeto - Venezuela

Resumen: En este artículo, presentamos un conjunto de reflexiones en torno a las características discursivas verbales y no verbales de los textos de Historia de Venezuela y su tratamiento del hecho histórico. En el desarrollo del tema se considera la figura del héroe y su excesiva valoración, así como la presencia del colectivo como simple observador de los acontecimientos históricos.

Palabras clave: análisis del discurso, héroe, colectivo.

Abstract: This paper presents a series of reflections on the verbal and nonverbal discursive characteristics of Venezuelan-History texts and how historical facts are dealt with. It is also considered the hero and their over-valuation, as well as the presence of the whole collective as a simple observer of historical events.

Keywords: Discourse analysis, hero, collective.

Résumé: Cet article est un ensemble de réflexions autour des caractéristiques du discours verbal et non verbal concernant les textes d'Histoire du Venezuela ainsi que le traitement du fait historique. Le développement du thème est basé, d'une part, sur la figure de l'héros et sa mise en valeur excessive et d'autre part, la présence du collectif en tant que simple observateur des événements historiques.

Mots-clés: analyse du discours, héros, collectif.

* Fecha de recepción: 11-02-2008.

Fecha de aceptación: 23-03-2009.

“Papá, explícame, ¿para que sirve la historia?”, increpaba el hijo de Marc Bloch a su padre, y si algo hizo Marc Bloch, a través de su obra, fue contestarle, de manera contundente, con el ejemplo. Sus obras, conjuntamente con las de Lucien Febvre, le dieron a la ciencia histórica una nueva visión de los hechos, enseñaron a ir más allá de las fuentes, a derribar los cercados que separan a la historia de las otras ciencias, enseñando a trabajar de manera multi-disciplinaria, considerando el fenómeno histórico una realidad en dialéctico movimiento. Y es que esta incógnita (la utilidad de la historia) resuena en los oídos de los historiadores y estudiosos y, desde hace algunos años también en mi pensamiento. ¿Qué sentido tiene conocer el pasado?, ¿para qué sirve llenarnos de datos y nombres que parecieran ajenos a lo que vivimos hoy? ¿Cuál es el alcance de una ciencia, que lejos de prepararnos para cambiar la realidad, nos postra dependientes a la espera de un héroe que enfrente lo que no somos capaces de enfrentar?

Estas son preguntas para quienes enseñamos historia y que, como didactas debemos interrogarnos si nuestros textos y la manera como son escritos apuntalan estas apreciaciones, que le roban a la historia su papel liberador y dignificante de los pueblos. ¿Le damos a la historia su verdadero papel en nuestro discurso académico, o la volvemos un estudio estéril de hechos desconectados y sin impacto en la vida de los jóvenes? ¿Es ese manual escrito que responde a una ideología, un instrumento silencioso que modela las mentalidades e inculca de manera imperceptible, una visión del acontecer histórico? ¿Es aquel discurso y su aproximación a la figura del héroe, una de las razones que afianza el carácter dependiente de la mentalidad venezolana? ¿Es la narración euro céntrica de los hechos una excusa para la subestimación de nuestros pueblos y su carácter protagónico? ¿Hace justicia al “Pueblo de Venezuela”, ese abstracto que se cita en momentos oportunos, sobre su participación en el logro de diversas empresas en la historia? ¿Es su acción tan prescindible, que no merece ser destacada en ese discurso? ¿Busca

el texto la interacción productiva entre el lector y quien escribe o es tan sólo la demostración de un saber acumulado que se presenta como credo, como dogma de fe a ser aprendido? ¿Qué efecto tiene ese discurso en quien lo lee? ¿Motiva al joven, no sólo la admiración casi mítica de sus héroes, sino el auto-descubrimiento de las mismas potencialidades que llevaron a tantos a procurarse un nombre en los anales de la historia?

El discurso, en los manuales de historia, tiene unas características básicas que se evidencian en sus efectos: en primer lugar, *un culto desmedido e irracional al héroe*.

Escribe Montero:

La tendencia a situar en los demás los propios problemas y sus soluciones puede conducir al extremo opuesto cuando sale a la superficie como el culto al héroe; o sea una exagerada admiración por otra persona [...] el culto al héroe es una forma de auto repudio. Hace que los otros sean más importantes que tú y condiciona tu propia realización a algo exterior a ti [...] se tú mismo, tu propio héroe. (2000: 78).

Este es sin duda, uno de los aspectos más importantes en el análisis del discurso usado en los manuales de historia. El héroe, su descripción, los atributos que acompañan la narración de sus proezas, los epítetos que se acuñan a su nombre, el énfasis descriptivo de sus virtudes y el soslayo cómplice que se hace de sus defectos, las secuelas en el imaginario colectivo, el cómo se han imbricado en nuestra realidad hasta el punto de no concebir los fenómenos históricos sin su presencia, son sin duda consecuencias de esta narrativa en el colectivo social. El uso de pronombres personales, de adjetivos posesivos en el relato de los hechos, son elementos que se fusionan en la semántica y en la pragmática del lenguaje, llegando a configurar construcciones mentales instaladas, muchas veces, en la psiquis del alumno. La conjugación de los verbos en tercera persona del singular, atribuyéndole a un sólo hombre los logros de un colectivo que también participa en la historia, y que en la mayoría

de los casos es el fiel de la balanza que determina la derrota o la victoria, son imágenes presentadas de manera natural como parte de un género expositivo que tienen un efecto y conforman ideas del significado de los procesos históricos.

Afirma Wenceslao Vargas Márquez, historiador mexicano: “¿Qué hace el héroe? ¿Existe el héroe o existe el hombre común que toma una decisión cívicamente justa y decide arrostrar las consecuencias?” (1999: 99).

Entiéndase bien, no se trata de negar el honor a quienes lo merecen porque son y han sido, quienes decidieron arriesgarse a dar el primer paso o, a levantar por primera vez la voz, sino de presentarlos en su justa medida, como hombres y mujeres que pueden ser emulados por cualquiera que decida actuar de manera cívica; también, se trata de dignificar a quien lee la historia en esos textos, haciéndolos sentir partícipes y protagonistas de lo que ocurre en su país y, sobre todo, dueño de su destino. Los héroes, forman parte de la construcción de la identidad nacional y por lo tanto son una necesidad; obsequian a los pueblos razones para el orgullo y la autoestima, son el pasado de la sociedad y por lo tanto, constituyen el anecdotario que repiten los cronistas y que los literatos detallan con prolijos adjetivos.

Lo que debiera evitarse es la parálisis de las iniciativas particulares. La historia debería referir, como afirmó Thomas Carlyle: “en la biografía de grandes personalidades”, la acción conjunta y convencida de quienes se saben copartícipes de esa cotidianidad en apariencia insignificante, que es la realidad subyacente en lo que registran los textos. Sin duda, se trata de un discurso que persigue un propósito, responde a una ideología y tiene una agenda definida.

Los que hemos sido formados en la Cátedra del Dr. Manuel Carrero o del Dr. Diógenes Molina, sabemos que hay historias que no se han escrito todavía y que también hay historias escritas para

redimir al vencedor. ¿Puede pasar esto en el discurso de los textos históricos? ¿Responde el discurso histórico a las competencias intelectuales de los jóvenes? Según la Taxonomía de Bloom (1989), los alumnos en edades comprendidas entre 13 y 15 años, están ya en condiciones de lograr el nivel más alto de reflexión y los verbos usados en la redacción de objetivos son los más complejos: de analizar, establecer juicios de valor, ¿es éste el propósito del discurso planteado? ¿Cuál es la función de esos textos: informar, describir, narrar? Deberían, al menos, intentar comprometer al joven con su proceso de aprendizaje, con el hecho histórico mismo? ¿O la función de su discurso es sólo negar, afirmar y argumentar, de manera directiva, sin proponer la construcción de conceptos que involucren al alumno como parte activa del proceso educativo? ¿Es el discurso académico una estrategia de captación a una determinada idea? ¿Establece el autor esquemas de pensamiento definitivos, con respecto a hechos del pasado y además, desestimula una actitud reflexiva en el estudiante? ¿Los niveles de veracidad, con los que se presentan los hechos, responden a una aproximación “objetiva” hacia el suceso?

Cuando los autores apelan al conocimiento compartido, ¿lo hacen en función de afirmaciones que ellos mismos presentan o en realidad ese saber ha sido construido por ambas partes, como intentan hacer creer? ¿el conocimiento es un proceso dialéctico en el que se revisan, regularmente, fuentes y nuevas teorías, para actualizarlo a los tiempos o tienen como objetivo formar una matriz de pensamiento? Los actos de habla, como las órdenes, los imperativos, los atributos, “presuponen siempre diferencias de poder y autoridad”, afirma Van Dijk (1992: 78).

El discurso de los textos es el discurso del poder, es el discurso de una élite que intenta, aprovechando muchas veces lo maleable de la condición neófito del lector, formar una idea rara vez refutada que contribuye al afianzamiento del “statu quo” en la perspectiva que

tiene el joven de su historia. El héroe y sus características, los hechos a los que son asociados, lo dependiente de su acción que presentan los hechos registrados en la historia, son como ya se ha expuesto, elementos que le dan al discurso histórico de los manuales un perfil y un efecto pocas veces benévolo con el proceso de aprendizaje crítico que persigue la educación y la figura del colectivo. Hay un ejemplo que expresa, de manera gráfica y contundente, cómo el colectivo es presentado, a través del discurso histórico, en los manuales; cito de la obra: *Historia de Venezuela 7mo grado*, de Guillermo Morón: “Es la mañana del 19 de Abril de 1810, el pueblo está en la plaza reunido y Emparam le pregunta, si quiere que él continúe en el mando, a lo que el pueblo responde inicialmente que sí, el padre Madariaga, ubicado detrás de Emparam, hizo señas a la multitud ,que siguiendo sus indicaciones rechazó a Emparam, en virtud de lo cual, éste renunció” (2002:146). Analizamos, brevemente, la aproximación al concepto de colectivo expresado en ese fragmento: ¿cuál es el papel jugado, por el colectivo, sustantivado en “el pueblo”? , su presencia se describe como definitiva para la renuncia de Emparam, dice el autor: “en virtud de su rechazo, renunció”; sin embargo, su decisión se presenta como caprichosa, sin base y convicción, cuando en el mismo párrafo, el pueblo afirma desear que Emparam lo gobierne y dos líneas después, por los gestos del padre Madariaga, cambia de opinión. ¿Qué implicaciones tiene, en la pragmática del discurso, un colectivo adjetivado de esta forma? ¿quién es el colectivo?, ¿es acaso el alumno que lee, parte de ese colectivo? Y si éste es el caso, ¿preocupa que ese pueblo desconozca qué desea para su futuro?, ¿se da acaso, extremada beligerancia al padre Madariaga, como figura de autoridad, al influir de manera tan determinante en la decisión del “pueblo? Son muchas preguntas, y cada una de ellas merece y requiere tiempo y consideración.

Teniendo en cuenta las palabras de Adriana Bolívar, “todo texto nace para cumplir una necesidad específica en el contexto de una sociedad” (2001:123), por lo tanto los textos denominados

didácticos, tienen una función que amerita ser revisada. En relación con el papel del texto y su discurso, y sobre todo en función de los efectos que éstos tienen en la formación de las mentalidades, de la semiótica social y del imaginario colectivo, es imperativo detenerse e interrogar sobre el rumbo por el que vamos encaminados. La Historia, como ciencia social, debe revisar su función en estos tiempos, que sin duda no son los mismos de cuando los manuales fueron escritos. Como afirma Javier Meneses Linares: “En el momento actual [...] se perfila la urgencia de repensar el oficio del historiador, introduciendo en la agenda su papel como intelectual generador y difusor del saber aprendido” (2004:12); si es una realidad la crisis de valores y de identidad que aqueja a nuestro país, no podemos, como agentes socializadores, sentirnos ajenos ni asistir como convidados de piedra a la fragmentación progresiva y silenciosa de nuestro ser nacional.

La formación de un nuevo ciudadano, crítico, analítico y comprometido, debe ser nuestra premisa, como afirmó Mariano Picón Salas: “el nuevo sujeto social es el que es capaz de integrar su educación, para conquistar con mayor belleza, pasión y libertad, lo que le niega el mundo” (1984:195). Descubramos la silente heroicidad de lo cotidiano, y rescatemos para los pequeños actos cívicos su justo valor, quitemos la hojarasca que opaca los hechos omitidos en los textos, hagamos que con nuestro discurso académico, el alumno descubra que él puede ser su propio héroe cuando decide arriesgarse a ser y a recorrer su propio camino, teniendo el coraje de dudar, de interrogarse, de hacer su parte por una realidad mejor. Permítanme terminar con unas palabras de Thomas Carlyle que envuelven el objetivo de esta reflexión: “Qué haya un hombre que muera ignorante, teniendo la capacidad para conocer, esto es lo que yo llamo una tragedia” (1999:301); tragedia de la cual nos hacemos cómplices al evadir el papel que nos corresponde cumplir. Nuestro país, tiene ya suficientes tragedias, evitémosle una más,

dando a nuestros estudiantes las herramientas, que como pedagogos poseemos; así, empezaremos a construir las bases de ese nuevo sujeto que reclama el tiempo actual.

Referencias

- BLOOM, B. (1989). **Taxonomías**. México: Paidós.
- BOLÍVAR, A. (2001). **Discurso e interacción en el texto escrito**. Caracas: U.C.V.
- BLOCH, M. (1986). **Apología de la historia o el oficio de historiador**. Caracas: Fondo Editorial Lola de Fuenmayor.
- CARLYLE, T. (1999). **Los héroes y el culto a los héroes**. México: Paidós.
- MENESES, L. J. (2004). **De la nueva historia y del nuevo papel del historiador**. México: Paidós.
- MONTERO, M. (2000). **Psicología Social**. Caracas: U.C.V.
- MORÓN, G. (2002) **Historia de Venezuela**. Caracas: Editorial Salesiana.
- PICÓN SALAS, M. (1984). **Ensayos escogidos**. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- VAN DIJK, T. (1992). **De la gramática del texto al análisis del discurso**. España: Gedisa.
- VARGAS M., W. (1999). **El culto al héroe**. México: Paidós.